

Prólogo 0.1 –
Documentación de
Transferencia [Inicio
del Libro 3] – Una
Guía Práctica de
Hechicería [Boceta
de los Libros 1-4, 3
de julio]

- Prólogo 0.1 - Documentación de Transferencia [Inicio del Libro 3] - Una Guía Práctica de Hechicería [Boceta de los Libros 1-4, 3 de julio]

Prólogo 0.1 – Documentación de Transferencia [Inicio del Libro 3] – Una Guía Práctica de Hechicería [Boceta de los Libros 1-4, 3 de julio]

Bajo cientos de metros de piedra blanca, en una pequeña habitación tallada en uno de los sitios más secretos y iluminada únicamente por cristales de luz, se encontraban cuatro personas. A la izquierda de la puerta, una mujer humana se acercó sigilosamente a su compañero masculino. A la derecha, sus botas todavía embarradas, aguardaban dos hombres, uno con cabello anaranjado-rojizo y otro con una pareja de colas peludas. Los cuatro portaban el símbolo del escudo rojo de su orden y sostenían una tabla de corcho con papeles, ya llenados y revisados.

En una góndola con ruedas frente al cuarteto reposaban dos grandes cajas metálicas rectangulares. Eran similares a ataúdes, la fuente de una angustia inexplicada.

La mujer aclaró su garganta. “Estas son las que buscan,” dijo innecesariamente, rompiendo el ominoso silencio.

El hombre de cabello encanecido inspeccionó las cajas, tarareando pensativo. “Dos en tan poco tiempo. Debe haber sido un período bastante agitado para ustedes, Agente Fike.”

La mujer suspiró. “Ya sabes cómo es en una ciudad grande, Selby.”

Su compañero colocó los puños en la cintura y empujó el pecho hacia afuera. “Alguna hechicera que se hace llamar la Reina Cuervo ha estado causando problemas. Todavía creo que debemos hacer algo respecto a ella.” Su voz resonó fuerte, rebotando en las paredes lisas de la pequeña habitación. No pareció notar su error hasta que los demás estremecieron y se volvieron hacia una de las cajas de hierro. Con el rostro pálido, dio un gran paso atrás y la observó con cautela.

Cuando no sucedió nada, el hombre de cola doble preguntó: “¿Magia de sangre?” Su suave voz llevaba un acento que sugería tierras lejanas.

El hombre fuerte asintió, luego negó con la cabeza. “Bueno, sí, pero nada grave. No rituales de masacre. En realidad, ninguna muerte. Es la rareza, los rumores, los susurros.”

“¿De pesadillas?” preguntó la Agente Selby, de cabello rojo.

La Agente Fike levantó una mano para detener la respuesta del ruidoso, mirándolo con paciencia. “No. La Agente Berg aquí es un poco demasiado susceptible a los rumores. Es una hechicera de hechizos libres que disfruta jugar al gato y al ratón, y una figura fantástica y romántica para los campesinos. Las historias se están haciendo cada vez más locas.” Fike se volvió hacia la Agente Berg, cruzando los brazos. “No toda aparición aterradora en la noche es causada por un Anómalo.”

La Agente Berg frunció el ceño hacia ella. “Dejar pasar una amenaza potencial sin investigar, por negligencia, puede conducir a muertes innecesarias o incluso a más Anómalos. Debemos investigar y someter a todos los peligros para el futuro del mundo, como prometimos.”

La Agente Selby soltó una carcajada aguda, levantando una ceja mientras compartía una mirada con su compañero de cola peluda. “¿Un novato con juramento reciente, no?”

El ceño de la Agente Berg se intensificó, pero Selby levantó una mano antes de que pudiera responder. “Escucha, niña, esa es una idea noble, pero no somos suficientes para patrullar cada callejón oscuro y responder a cada reporte de los campesinos sobre criaturas malignas que cuajan su leche en la ubre. Tenemos procedimientos para detectar las amenazas reales. Incluso si solo te enfocas en esas, será más que suficiente para mantenerte ocupada. Y dicho esto, hagamos esto rápido. El Agente Marcurio y yo debemos regresar a nuestra base y luego a un pequeño pueblo cerca de Paneth en menos de una semana.”

“¿No puedes decir que ella no tuvo algo que ver con eso?” murmuró la Agente Berg, señalando la caja de hierro de la que todos habían estado tan cautelosos antes.

Fike rodó los ojos, pero no se dignó a responder en voz alta.

El agente Selby se acercó al caso más benigno, hojeando los papeles en su portapapeles. “¿Tipo plaga con un efecto secundario de tipo Pesadilla?” Sacudió la cabeza, murmurando, “No entiendo por qué seguimos usando ese viejo sistema de clasificación. Es demasiado vago para ser útil.” En voz más alta añadió, “Escuché que había varias solicitudes para ello.”

El agente Berg tembló. “Para ser honesto, me molesta. Es antinatural, que uno de ellos actúe así. Estoy deseando que desaparezca.”

Los labios del agente Marcurio se torcieron en una sonrisa irónica, sus colas ondulando en el aire como serpientes peludas. “Su extrañeza hace que sea aún más interesante, estoy seguro.”

Berg se movió y apartó la mirada.

Selby salió a tocar el segundo caso, pero retiró la mano de inmediato, frotándose las yemas de los dedos con fascinación mórbida. “¿Este es el nuevo, el de tipo Plaga?”

Bien resguardado en la esquina de la habitación, el agente Berg sonrió, olvidando su intento anterior de controlar el volumen mientras ostentaba, “Me encargué del cuidado posterior.”

El agente Fike levantó una ceja de poca expresión. “Es su primera vez.”

Los otros tres se rieron entre dientes, pero pronto se mostraron serios. “Escuché que tu capitán—¿Goldfisch, verdad?—solicitó mantener el tipo Plaga a pesar de que va en contra de la política,” dijo Selby. “Es demasiado arriesgado mantenerlos en el lugar. Tu base puede requisar algo similar y menos propenso a ser detectado desde otros sitios.” Tomó el asa del carrito y lo maniobró fuera de la habitación. Mientras empujaba los dos casos pesados de hierro por el pasillo, los otros tres lo seguían de cerca.

Las cejas de Marcurio se alzaron lentamente hasta que, tras unos segundos, no pudo contenerse más. “¿Capitán Goldfisch? ¿Es ese realmente su nombre?” preguntó, con tono lleno de diversión.

“No hagas bromas sobre eso en su presencia si quieres seguir con vida,” advirtió Fike.

“Y tampoco menciones que somos afortunados de que Thaddeus Lacer esté en la ciudad,” añadió Berg, con su voz resonando por el pasillo con evidente resentimiento.

“¿Thaddeus Lacer?” preguntó Marcurio. “¿Está aquí? ¿Podría conocerlo?”

Fike levantó una mano para contener el entusiasmo súbito del hombre. “No está aquí. Está asignado a la Universidad de Temasurgia... y no está muy contento con nuestro equipo en este momento. No te recomendaría intentar conseguir un autógrafo o algo por el estilo durante tu visita. Incluso en los mejores momentos, puede ser desagradable.”

Berg soltó un suspiro embobado. “Lo sé, es brillante.”

Aún empujando el carrito, Selby le lanzó una mirada incrédula por encima del hombro. “¿Hay enemistad entre Goldfisch y Lacer?” preguntó, mirándola a Fike.

Marcurio también la observó con interés avidez, sus colas peludas agitándose de un lado a otro con entusiasmo.

Ella se encogió de hombros. “Supongo que tienen un pasado. No conozco los detalles, pero el capitán lo odia abiertamente. Menciona que Lacer se preocupa más por acumular conocimientos que por los métodos que usa para conseguirlo. Luego se va en una larga diatriba sobre antiguos miembros de la Guardia Roja que olvidaron o malinterpretaron sus juramentos, y los desastres que causaron en su afán por secretos y poder que sería mejor dejar intactos.”

La boca de Berg se bajó. “Sigue y sigue... Una vez fingí tener diarrea solo para esconderme en el baño y alejarme de él.”

Las colas de Marcurio se marchitaron. “Ah, ¿Goldfisch es uno de esos, eh?” Compartió una mirada de consuelo con Selby.

Berg le dio una palmada fuerte en el hombro a Marcurio, haciendo que el hombre hiciera una mueca. “Lo es. Pero esa no es la razón por la que el Agente Especial Lacer está molesto con nuestro equipo en este momento. No, eso es culpa del Agente Vernor. Verás, Thaddeus Lacer finalmente ha tomado un aprendiz.”

¿De verdad? ¡Pero escuché que incluso rechazó al heredero de la Corona Mayor hace unos años! ¿A quién eligió entonces?

Berg suspiró con melancolía y luego comenzó a divagar con entusiasmo. “Oí que el muchacho tiene cabello plateado y parece un joven señorito. Se dice que ni siquiera es noble, pero...” Berg se deleitaba en la atención fascinada de los agentes visitantes mientras repasaba sus escasos conocimientos sobre el aprendiz y pasaba a las diversas historias fantásticas que había recopilado acerca del tiempo de Thaddeus Lacer en la Universidad. Sobre todo, cómo el profesor irritable casi roba el poderoso familiar de una bruja visitante. Obviamente, la criatura encontraba a Lacer más atractivo que a su amo contratado.

Los agentes perdieron su nerviosismo inicial al escuchar, casi olvidando las dos cajas de hierro mientras las cargaban en carretas reforzadas para ser transportadas lejos.

Dentro de la primera, que era tan luminosa como la luz del día por dentro, se apretujaba una forma retorcida y fea. Sus gemidos y sollozos roncós e incoherentes eran inaudibles a través del grueso metal.

El ser dentro de la otra caja había sido podado como un arbusto crecido en exceso o una hierba resistente para que cupiera en el contenedor. Su ataúd de hierro había sido elaborado meticulosamente y encantado para contenerlo mejor, de modo que no quedara ni una rendija delgada. La criatura adentro todavía necesitaba respirar, por eso le habían dado un artefacto refrescante de aire, pero eso era todo. El hierro vibraba suavemente, casi imperceptible.